

operaciones sobre Querétaro, y cuando los imperialistas estaban en toda su moral y altivez, habían sido batidos siempre por los soldados que inmediatamente eran á mis órdenes, con menos efectivo y con menos elementos de guerra que los otros, en combates de importancia, que determinaron la condición en que se encontraba en la plaza el Archiduque Maximiliano.

“Después del 12 de Mayo, en que llegaron al Cuartel General las municiones de que he hecho mérito, sólo dos empeños de alguna consideración hubo entre los sitiados y sitiadores, pero de consecuencias desastrosas para los primeros.

“El día 14 recorría yo la línea del sitio. A las siete de la noche, un ayudante del Coronel Julio M. Cervantes vino á comunicarme, de orden de su jefe, que un individuo procedente de la plaza, y que se encontraba en el puesto republicano, deseaba hablar conmigo. En el acto me dirigí al punto indicado, en donde me presentó el Coronel Cervantes al Coronel imperialista Miguel López, jefe del regimiento de la Emperatriz. Este me manifestó que había salido de la plaza con una comisión secreta que debía llenar cerca de mí, si yo lo permitía. Al principio creí que el citado López era uno de tantos desertores que abandonaban la ciudad para salvarse, y que su misión secreta no era más que un ardid de que se valía para hacer más interesantes las noticias que tal vez iba á comunicarme del estado en que se encontraban los sitiados; sin embargo, acudí á hablar reservadamente con el Coronel imperialista Miguel López, apartándose á distancia el Coronel Cervantes y los ayudantes de mi Estado Mayor que me acompañaban. Entonces brevemente López me comunicó que el Emperador le había encargado de la comisión de procurar una conferencia conmigo, y que al concedérsela, me significara de su parte que, deseando ya evitar á todo trance que se continuara por su causa derramando la sangre mexicana, pretendía abandonar la plaza, para lo cual pedía únicamente se le permitiera salir con las personas de su servicio y custodiado por un escuadrón del regimiento de la Emperatriz hasta Túcpan ó Veracruz, en cuyos puertos debía esperarle un buque que lo llevara á Europa, asegurándome que en México al emprender su marcha á Querétaro había depositado en poder de su primer Ministro, su abdicación.

“Para satisfacción suya, y para que estuviera yo en la inteligencia

de que sus proposiciones eran de entera buena fe, me manifestó el Coronel López que su Soberano comprometía para entonces y para siempre su palabra de honor de que al salir del país no volvería á pisar el territorio mexicano; dándome, además, en garantía de su propósito, cuantas seguridades se le pidieran, estando decidido á obsequiarlas.

“Mi contestación á López fué precisa y decisiva, concretándome á manifestarle, que pusiera en conocimiento del Archiduque que las órdenes que tenía del Supremo Gobierno mexicano, eran terminantes para no aceptar otro arreglo que no fuera la rendición de la plaza sin condiciones. En seguida, el Coronel López me manifestó que su Emperador había previsto de antemano la resolución de sus anteriores proposiciones. Siguiendo el curso de la conferencia establecida, me expresó de la parte de su Soberano, que eran bien conocidos por mí los jefes militares que estaban á su lado, por su prestigio, valor y pericia; é igualmente la buena organización y disciplina de las tropas que defendían la plaza, con las cuales podía á cualquiera hora forzar el sitio y prolongar los horrores de la guerra por mucho tiempo; que en verdad esto era sumamente grave y un irreparable mal para México, al cual no quería exponerlo, siendo esta la razón porque deseaba salir del país.

“Juzgando yo demasiado altivas las frases últimas vertidas por el Coronel imperialista López, á nombre de su Soberano, le contesté que nada de lo que me refería era desconocido para mí, pues que tenía exacto conocimiento del estado en que se encontraban los defensores de Querétaro; que estaba enterado de los preparativos que hacían en la plaza para efectuar una vigorosa salida, en la que estaba basada su salvación; que esas columnas formadas ya, esperaban solamente el momento en que se les diera la orden de pasar las trincheras y chocar contra los republicanos; que esto era para mí sumamente satisfactorio, de tal suerte, que para facilitarles su movimiento tenía pensado dejarles paso abierto en cualquier punto de la línea de contravalación por donde se presentaran, bien entendido que después que hubieran salido todos, caería sobre ellos con los doce mil caballos del ejército victoriosos, una parte de San Jacinto y la otra de San Lorenzo, y cuya formidable caballería dejaría el campo de batalla convertido en un lago de sangre imperialista.



“El comisionado del Archiduque volvió á reanudar la conferencia que yo creía terminada, diciéndome que el Emperador le había dado instrucciones para dejar terminado el asunto que se le había encomendado, de todas maneras, en caso de encontrar resistencia obstinada por mi parte. En seguida me reveló de parte de su Emperador, que ya no podía ni quería continuar más la defensa de la plaza, cuyos esfuerzos los conceptuaba enteramente inútiles; que en efecto, estaban formadas las columnas que debían forzar la línea de sitio; que deseaba detener esa imprudente operación, pero que no tenía seguridad de que se obsequiaran sus órdenes por los jefes que obstinados en llevarla á cabo ya no obedecían á nadie; que no obstante lo expuesto, se iba á aventurar á dar las órdenes para que se suspendiera la salida; obedecieran ó no, me comunicaba que á las tres de la mañana dispondría que las fuerzas que defendían el panteón de la Cruz se reconcentraran en el convento del mismo; que hiciera yo un esfuerzo cualquiera para apoderarme de ese punto en donde se entregaría prisionero sin condición.

“Era preciso dudar del que se llamaba agente del Archiduque. No podían entrar en mi ánimo semejantes proposiciones del Príncipe, después de sus enérgicas y varoniles determinaciones de Orizaba pocos meses antes.

“Así con toda franqueza lo expresé al mensajero del Archiduque, quien inmediatamente me manifestó que debía desechar toda sospecha hacia su persona y su cometido: que no hacía más que cumplir estrictamente las órdenes del Emperador, por quien no evitaría sacrificio, esperando que mis determinaciones lo salvarían de la situación en que se encontraba.

“López se retiró á la plaza, llevando la noticia al Archiduque de que á las tres de la mañana se ocuparía la Cruz hubiera ó no resistencia.

“Tomé desde luego á mi cargo la responsabilidad de los acontecimientos que iban á seguir. Con toda oportunidad envié orden á los jefes de líneas y puntos, que estuvieran listos para emprender una operación sobre la plaza.

“En el momento pasé á ver al General Francisco M. Vélez, y le comuniqué á él únicamente la conferencia tenida con el comisionado del Archiduque, en lo concerniente á la comisión que debía desempeñar.

“Le dí á conocer mi resolución de aprovecharme inmediatamente de la debilidad y aturdimiento en que se hallaba el Príncipe alemán, para llevar á cabo la operación propuesta por él de ocupar la Cruz. En esta virtud, desde luego puse á las órdenes del General Vélez á los batallones “Supremos Poderes,” mandado por el Gral. Yépez, y el de “Nuevo León,” cuyo jefe accidental era el Teniente Coronel Carlos Margain, por estar herido su Coronel Miguel Palacios, debiendo acompañarle el General Feliciano Chavarría, mi ayudante, Teniente Coronel Agustín Lozano con dos ayudantes más de mi Estado Mayor, para que me comunicaran todo incidente que fuera preciso que yo conociera, y para que si se necesitaba la cooperación de las fuerzas que guarnecían puestos inmediatos al del enemigo, que debía ocupar, pudiera llevarlas con oportunidad el Teniente Coronel Lozano.

“Personalmente acompañé al General Vélez con su columna hasta la línea avanzada del sitio, indicándole detalladamente los puntos por donde debía emprender la operación que se le encomendaba, esperando que la ejecutaría con arrojo, apoderándose del Convento de la Cruz á la hora prefijada. Dí instrucciones al General Vélez para que si al tomar esta posición del enemigo se encontraba en ella al Archiduque Maximiliano, lo hiciera prisionero de guerra, tratándolo con las consideraciones debidas.

“Advertí, además, al mismo General, que era de temerse una traición, y bajo tal influencia debía normar su movimiento, á fin de no caer en un lazo, tal vez bien premeditado.

“Preparado para toda eventualidad, dí orden al Coronel Julio M. Cervantes para que, cubriendo su línea con el “Batallón de Cazadores,” estuviera listo para hacer el movimiento que se le indicara con los batallones 4º, 5º y 6º de su brigada. A los Generales Francisco Naranjo y Amado A. Guadarrama para que la caballería que era á sus órdenes, estuviera lista, brida en mano, para moverse á primera orden.

“La operación se practicó á la hora prescrita por el General Francisco Vélez, á entera satisfacción mía; pero el parte de la ocupación de la Cruz se hizo á mi juicio dilatar, é impaciente por no haberlo recibido, me adelanté personalmente hacia la Cruz, y al entrar al panteón recibí del Teniente Coronel Lozano el parte de estar ocupado aquel punto enemigo. Mandé orden al General Vélez para que si



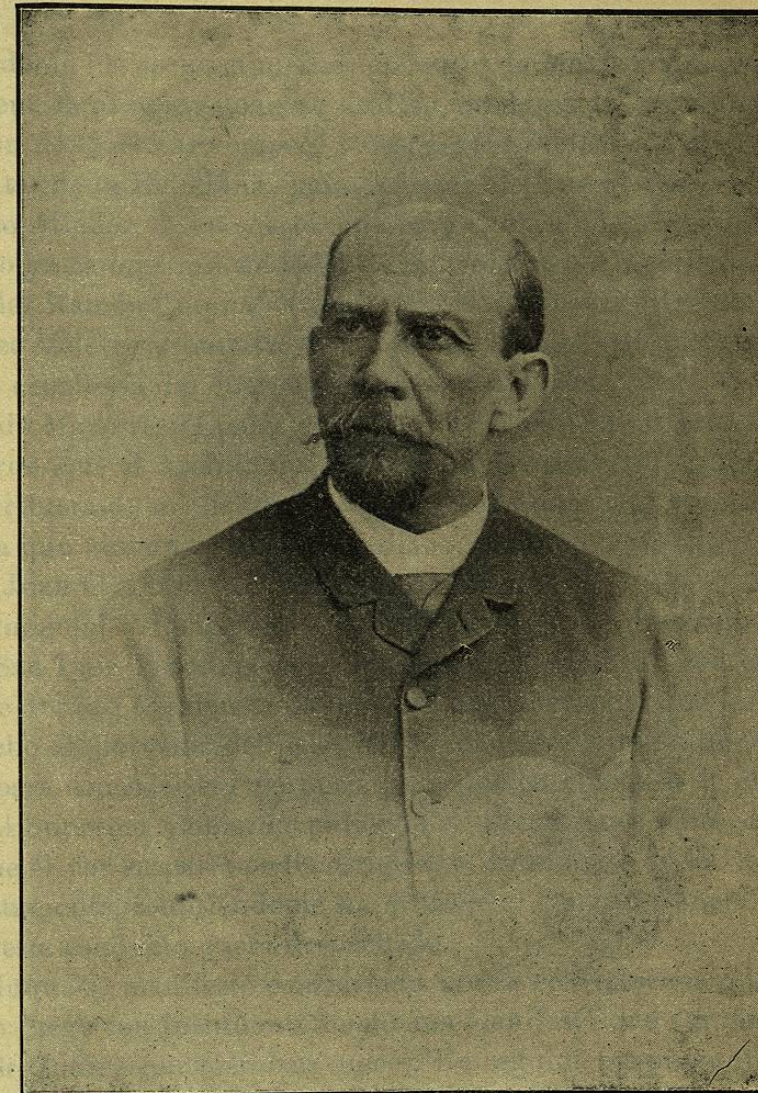
lo creía conveniente avanzara hasta un punto más al centro de la ciudad; á los Generales Naranjo y Guadarrama para que con la caballería se movieran amenazando el Cerro de las Campanas; al Coronel Julio M. Cervantes, nombrado con anterioridad Comandante Militar del Estado, para que con la columna avanzara por San Sebastián, amagando al citado Cerro de las Campanas; al General Sóstenes Rocha para que con su columna concurriera al punto donde fuera necesaria su cooperación.

“La noticia de la toma de la Cruz por los ejércitos republicanos corrió entre los sitiados causándoles un pánico horroroso: omito ciertos y determinados detalles que, aunque de importancia, no son del caso en esta exposición.

“Parte de aquellas tropas, quizá sin atender á la voz de mando de sus jefes y oficiales, se desbandaban presentándose en masas desordenadas en la línea de sitio; el resto, en confusión, mezcladas de infantería y caballería con la artillería y sus trenes, se dirigían en tropel hacia el Cerro de las Campanas, en donde se encontraban ya los Generales Mejía y Castillo, y el Archiduque á pie se había salido de la Cruz al ser ocupada, según se me había comunicado.

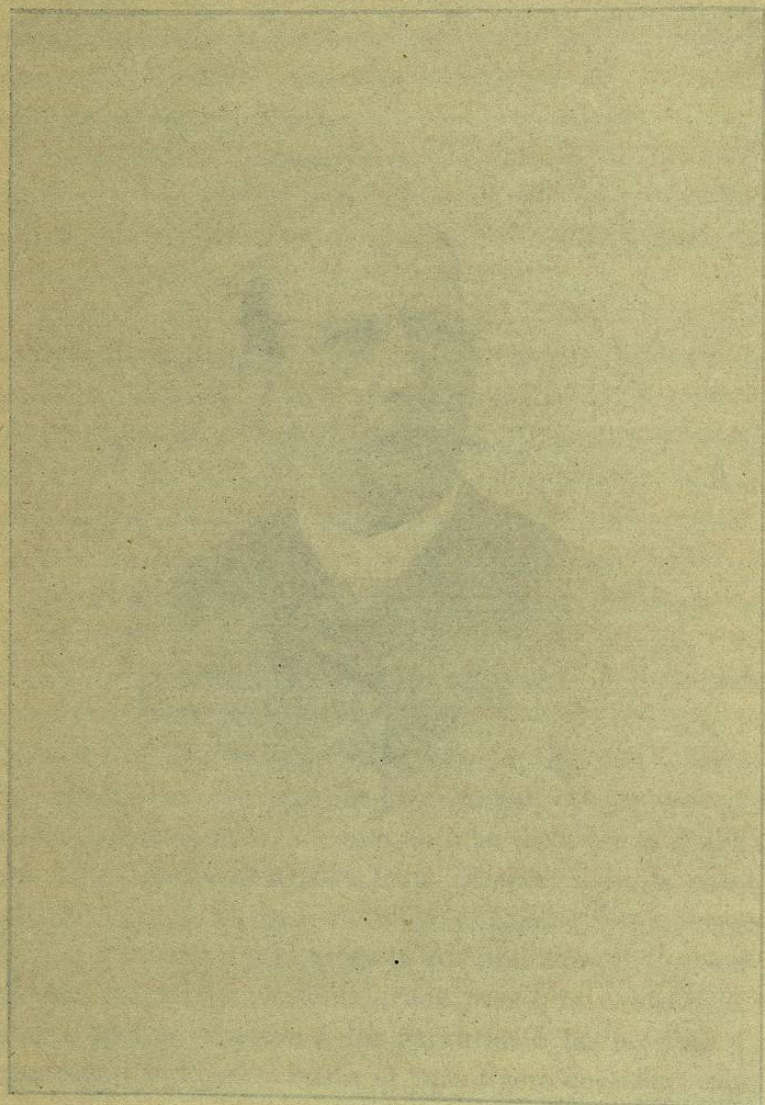
“Al amanecer el día 15, las fuerzas republicanas que guarnecían las alturas del Cimatario descendieron de la colina y asaltaron la Casa Blanca, todavía defendida tenazmente por los imperialistas. De igual suerte las que guarnecían los puntos frente á la Alameda y Calleja, garita de México, Pathé y la extensa línea de San Gregorio y San Sebastián. En seguida dispuse que en los puntos tomados permaneciera el ejército sin que entrara en la plaza ningún cuerpo, porque así lo tenía ordenado, con excepción de la columna mandada por el General Vélez que había avanzado hasta ocupar el convento de San Francisco, y la brigada que mandaba el Coronel Julio M. Cervantes, que había recibido orden para que ocupara la plaza y se dedicara exclusivamente á dar garantías á las familias é intereses, evitando con todo afán hasta el más ligero desorden, para lo cual se le autorizaba, en caso necesario, á que empleara las medidas represivas que creyera convenientes.

“A las seis de la mañana quedó ocupada la línea exterior de las defensas de Querétaro, que momentos antes estaban guarnecidas por los imperialistas.



GENERAL JULIO M. CERVANTES.





“El Archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo entregó su espada, que en nombre de la República recibía el General en jefe del ejército de operaciones, y todos los Generales, jefes, oficiales y tropa que defendían á Querétaro, quedaron hechos prisioneros de guerra y puestos á disposición del Supremo Gobierno para que dispusiera de su suerte.

“Preocupándome los acontecimientos del sitio de México, aunque el éxito no fuera de ninguna manera dudoso, desde el día siguiente de la ocupación de Querétaro empecé á desprender fuerzas con dirección á la Capital de la República, para reforzar al General Díaz, en jefe del ejército sitiador, de tal suerte, que para el día 19 de Mayo habían marchado ya catorce mil soldados de las tres armas á las órdenes de los Generales Ramón Corona, Nicolás Régules, Vicente Riva Palacio, Francisco Vélez y Francisco Naranjo con la bien equipada y mejor armada caballería del cuerpo de ejército del Norte.

“El día 18 de Mayo recibí parte del jefe que custodiaba los prisioneros en la Cruz, que el Archiduque deseaba hablar conmigo. Impidiéndome salir fuera de mi tienda la enfermedad que sufría, mandé mi coche para que viniera en él Maximiliano, y bajo la custodia de los Coroneles Juan C. Doria y Ricardo Villanueva.

“Habló conmigo el Príncipe prisionero; me expresó el deseo que tenía de ir á San Luis Potosí, si se le permitía, y hablar allí con el Sr. Presidente Juárez, á quien tenía secretos que revelar y que importaban mucho al porvenir del país. Yo le manifesté que no tenía autorización para conceder ese permiso, pero que en obsequio de él, telegrafiaría al Supremo Gobierno pidiéndole instrucciones sobre el particular; que él por su parte podía dirigirse al Presidente de la República directamente, remitiéndome su mensaje al Cuartel General, para que por este conducto fuera despachado.

“El Archiduque se manifestó contrariado por la contestación que yo diera, pero luego con insinuante modo me manifestó que agradecería que el Sr. Juárez conociera sus deseos. En seguida me preguntó si le sería permitido al Coronel López que lo viera para hablar con él; yo le manifesté que no había para ello inconveniente alguno, que tanto López como cualquiera otra persona podía verlo, previo aviso del Cuartel General.

“Empezaba á comprender que el Coronel imperialista Miguel Ló-